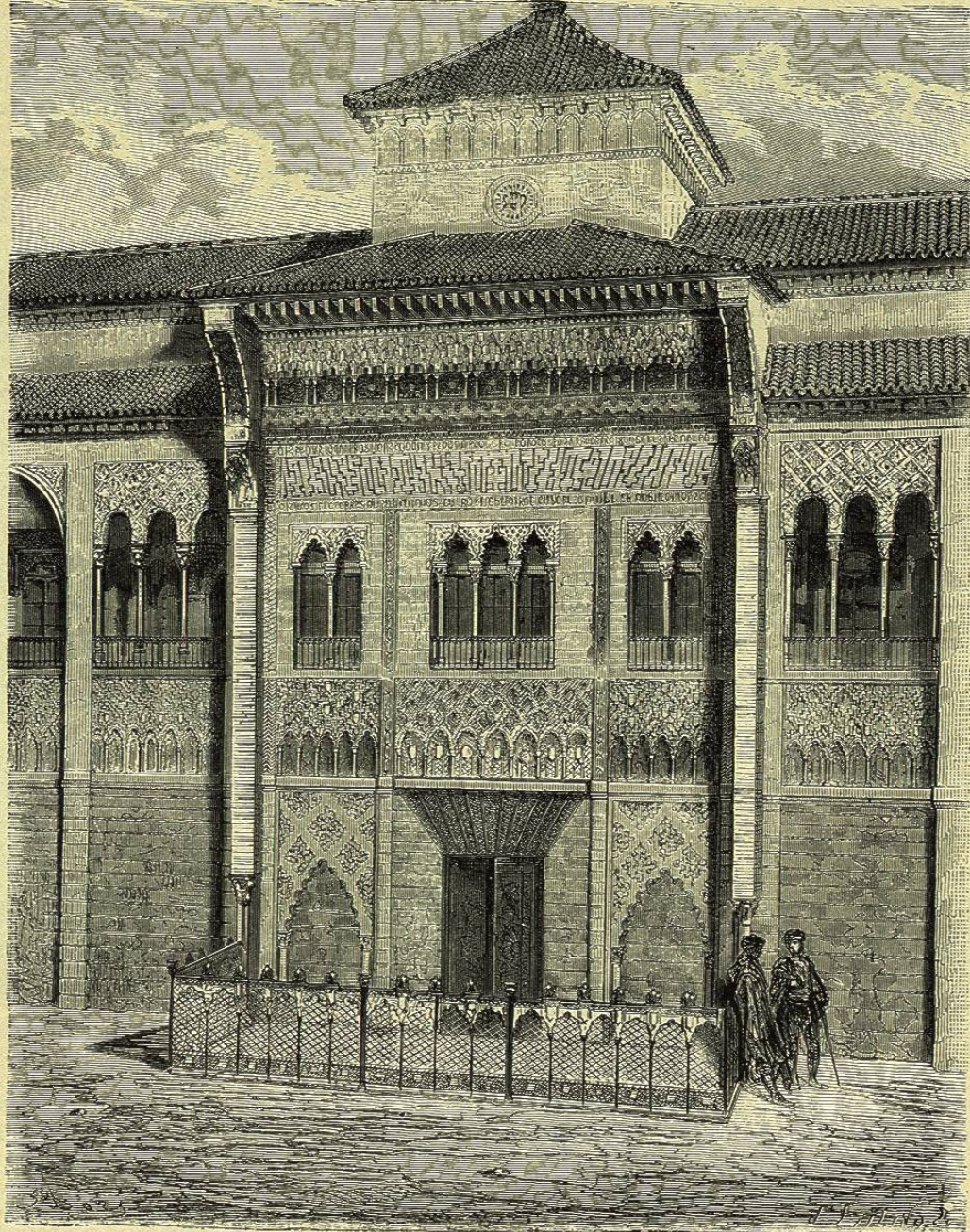


Desgraciadamente para España, esos tres millones de súbditos de los cuales se privaba espontáneamente, constituían la aristocracia intelectual é industrial de la nación; y por otra parte el Santo Oficio tenía cuidado de acabar con todo lo que entre los cristianos pasaba del nivel de la más ramplona medianía (1). Pero tan sólo se vieron los resultados cuando se hubo



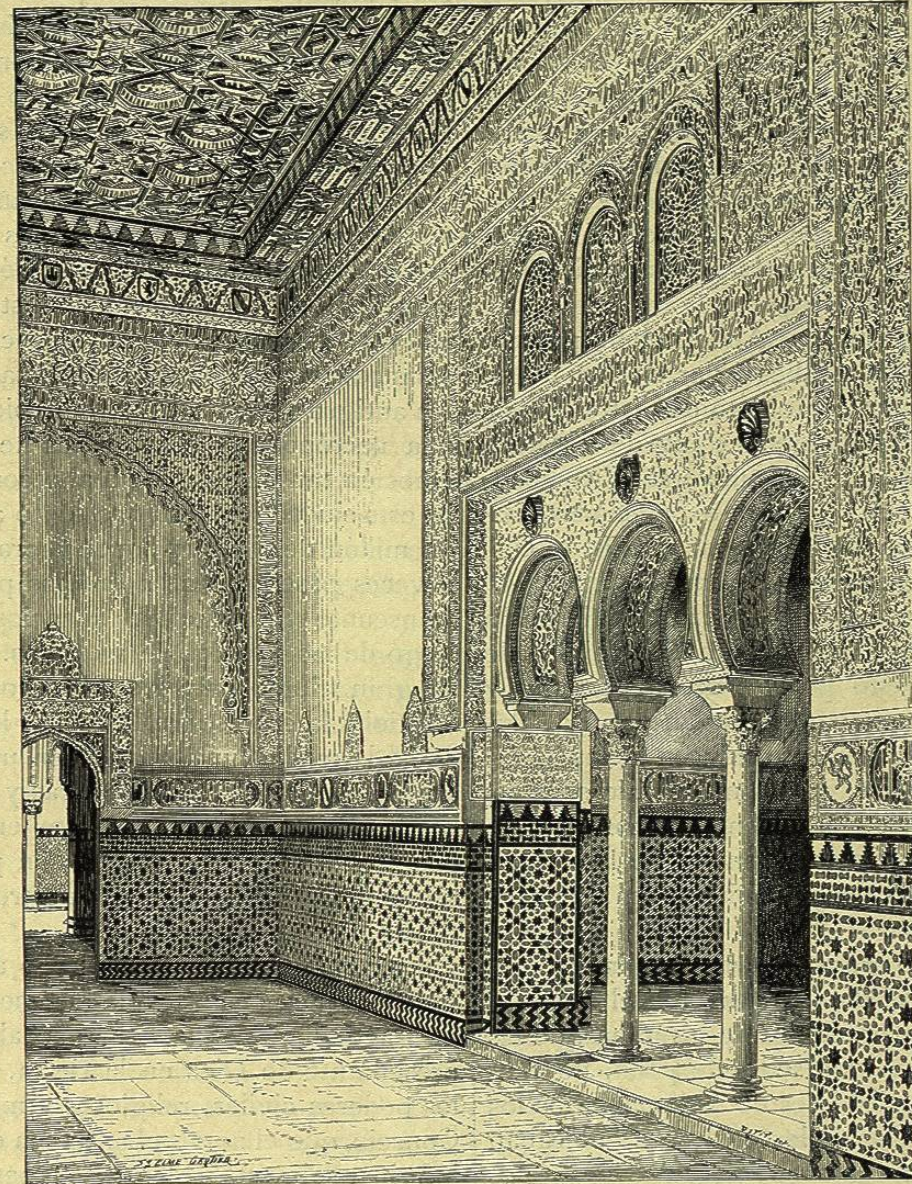
Fachada del alcázar de Sevilla

realizado aquella doble operación; y esos resultados no permitían dudar acerca de las causas verdaderas que los produjeron. Entonces todo se hundió á la vez: la agricultura lo mismo que la industria y el comercio; las ciencias y la literatura lo mismo que la población; y aunque han transcurrido muchos siglos, España no se ha levantado aun de su caída. Toledo, que en tiempo de los Arabes, contaba 200,000 habitantes, no contiene hoy sino 17,000; Córdoba, que había

llegado á un millón, se halla ahora reducida á 42,000; y de ciento veinticinco villas que la

(1) El autor está verdaderamente desgraciado en todo este trozo, en el cual no sabemos si hay más errores que letras, ó más letras que errores. Todos los que conocen la historia europea saben que España fué en armas, letras y navegación la maestra de Europa en los siglos XVI y XVII, y que hasta fines de este último siglo no la reemplazó Francia. No sabemos porqué para decir mal de una institución tan odiosa como el Santo Oficio, se ha de falsificar tan torpemente la historia. La expulsión de los Arabes causó perjuicio á España, pero no se debió á esto sólo la ruina del país, sino á muchísimas más causas, de las cuales tendría conocimiento el autor si verdaderamente hubiese estudiado la historia.
(N. del T.)

diócesis de Salamanca comprendía, apenas quedan trece. Al estudiar en otro capítulo á los sucesores de los Arabes, demostraremos hasta qué punto fué profunda la decadencia que la destrucción de estos produjo; pues si lo hemos mencionado aquí, ha sido porque ningún otro ejemplo es capaz de poner más de relieve la importancia del papel que este pueblo desempeñó en las comarcas donde introdujo la civilización. Imposible sería hallar pruebas más decisivas de la influencia de una raza. Antes de los Arabes, apenas había civilización; con los Arabes la ci-



Salón de Embajadores en el Alcázar de Sevilla.—De fotografía

vilización fué brillante, y después de los Arabes decadencia profunda. La experiencia es completa (1).

(1) Lo que la historia enseña es que antes de los Arabes había en España una civilización greco-latina; que con los Arabes hubo una espléndida civilización, y que después de los Arabes España heredó de Italia los esplendores del Renacimiento en tiempo de la Reforma. La causa preponderante, la causa fundamental de la decadencia de nuestro país se halla en la desastrosa política internacional que siguió desde el emperador Carlos V hasta el rey Carlos II, pues la expulsión de los moriscos, aunque horrible en el concepto filosófico, la emigración de los españoles á América y las persecuciones religiosas fueron factores de mínima importancia en la decadencia de España.
(N. del T.)

III

CIVILIZACIÓN DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA

En tiempo de los reyes visigodos la España cristiana se hallaba en una situación poco próspera, y su cultura parecía la de un pueblo semi-bárbaro.

Apenas los Arabes terminaron su conquista, empezó su trabajo civilizador, y en menos de un siglo habían roturado los campos incultos,

poblado las ciudades desiertas, creado monumentos magníficos y establecido relaciones comerciales con los demás pueblos. Habíanse en seguida dedicado al cultivo de las ciencias y letras, traducido los autores griegos y latinos, y fundado universidades, que durante largo tiempo fueron los únicos centros intelectuales de Europa.

Sin embargo tan sólo desde el advenimiento de Abderramán, es decir, desde el día en que España se separó de Oriente, proclamando en 756 el califato de Córdoba, la civilización árabe tomó en dicho país todo su vuelo, y entonces durante tres siglos Córdoba fué indudablemente la ciudad más ilustrada del orbe antiguo.

Apenas en el trono, Abderramán procuró acostumbrar á los Arabes á ver en España su verdadera patria; y con objeto de distraerlos de la Meca, edificó la célebre mezquita de Córdoba, una de las maravillas del universo; y como no debía emplear sus rentas en expediciones lejanas, pudo dedicarlas á mejorar el país, lo cual sus sucesores tomaron por ejemplo.

Lo que sobre todo caracterizó la civilización de los Arabes en España durante este período fué su buen gusto por las artes, las letras y ciencias. En todas partes fundan escuelas, bibliotecas y laboratorios; traducen á los Griegos; cultivan con éxito las matemáticas, la astronomía, la física, la química y medicina, y en capítulos especiales veremos que llevaron á cabo importantes descubrimientos en todas estas ciencias.

Con el mismo ardor cultivaron la industria y el comercio; expidiendo por toda el Africa y por Levante los productos de las minas, de las fábricas de armas, de seda, de paño, de tafete y azúcar, sirviéndoles de intermediarios los Judíos y Berberiscos, los cuales se dedicaban especialmente al comercio.

La aptitud agrícola de los Arabes era tan grande como su aptitud científica é industrial. Los únicos trabajos de irrigación que hoy posee España, los llevaron á cabo ellos (1). Los Arabes introdujeron en las fértiles llanuras de Andalucía la caña de azúcar, el moral, el arroz, el algodón, el plátano, etc., y con su excelente conducta, España, que excepto en ciertas partes del Mediodía es un verdadero desierto, fué un inmenso jardín.

(1) El autor está muy mal informado, pues no hay una palabra de verdad en esta afirmación, y en esto y en otras cosas se conoce que no ha visto sino una partecita de la España actual. (N. del T.)

La actividad de los Arabes se extendía á todas las ramas de las ciencias, de las artes y de la industria, y sus obras públicas tuvieron la importancia de las de los Romanos. En todas partes se multiplicaban los caminos, los puentes, los mesones para los viajeros, los hospitales y mezquitas; de modo que cuando el arzobispo Jimenez hacía quemar más adelante en Granada todos los manuscritos árabes, se figuraba borrar para siempre del libro de la historia el recuerdo de los enemigos de su fe; como si además de las obras escritas, las construcciones de que cubrieron á la tierra española no bastasen á perpetuar el nombre de los Arabes.

La capital del califato de Córdoba fué un centro científico, artístico, industrial y comercial que no cabe comparar sino con las capitales modernas de los mayores Estados europeos. La antigua ciudad subsiste aún, bien que parece una necrópolis; y raras veces he sentido una emoción tan penosa como al recorrer las calles de esta ciudad inmensa que contó antiguamente un millón de almas, y donde ahora es necesario á veces pasearse horas enteras para ver á un transeunte deslizándose silenciosamente á lo largo de las paredes de las calles. Sin duda fué un gran triunfo para los cristianos levantar en Córdoba la cruz sobre la media luna; pero así como la media luna reinaba en una ciudad de las más bellas, de las más ricas y pobladas del universo, la cruz no abriga hoy en día sino los tristes restos de una civilización poderosa que sus enemigos han llegado á destruir, pero no á reemplazar.

La organización del gobierno árabe en España fué muy análoga á la que hemos descrito de Bagdad. El califa, soberano absoluto, y representante de Dios en la tierra, poseía todos los poderes civiles, religiosos y militares; y un Consejo, que él nombraba, estaba encargado de informar sobre todas las cuestiones referentes á la administración del imperio.

Unos gobernadores, también nombrados por el califa, y revestidos de los mismos poderes que éste, mandaban en las provincias.

La ley civil tenía por base el Corán y las interpretaciones de este código, según más adelante tendremos ocasión de demostrar; de modo que aquellos libros sagrados servían de guía á los personajes encargados de administrar la justicia. Unos tribunales de apelación tenían el derecho de reformar las decisiones de los primeros jueces.

Ni más ni menos que los demás soberanos,

los califas no tenían ejército permanente, y el único cuerpo suyo que siempre estaba sobre las armas era la guardia personal del soberano, que ascendía á diez ó doce mil hombres, y á la cual podían incorporarse todos los hombres válidos del imperio, si así se ordenaba.

La marina era muy poderosa, y por medio de ella se hacía el comercio con todas las ciudades marítimas de Europa, Asia y Africa. Los Arabes fueron durante largo tiempo los únicos señores del Mediterráneo.

Lo mismo que en Bagdad las rentas públicas provenían sobre todo del producto de las contribuciones y de las minas; entre las cuales, las de oro, plata y mercurio eran entonces riquísimas. Constaban los impuestos del diezmo de las cosechas por parte de los musulmanes, y de una capitación por la de los judíos y cristianos; sólo que los primeros la pagaban en especie, y los segundos en dinero. Además había el producto de la contribución de consumos y el de aduanas. La totalidad de las rentas del imperio se evaluaban á 300 millones de pesetas en tiempo del mayor esplendor del califato de España, es decir, en la época de Al-Hakem II.

Hemos dicho más arriba que los Arabes componían la aristocracia intelectual del país; y los Berberiscos y particularmente la antigua población constituían la masa nacional: los cristianos podían aspirar á todos los empleos, servían muchas veces en el ejército, y los casamientos entre ellos y los musulmanes no podían ser más frecuentes. Hagamos constar que la madre de Abderramán III era cristiana.

Lograron los Arabes transformar en algunos siglos material é intelectualmente á España, colocándola al frente de todas las naciones de Europa; pero la transformación no fué tan sólo material é intelectual, sino también moral. Los Arabes enseñaron, ó procuraron enseñar á los cristianos la más preciosa de las cualidades morales: la tolerancia; y la que mostraron con los vencidos fué tan grande, que llegaron á permitir á sus obispos que celebrasen concilio, pudiendo citarse como ejemplo el de Sevilla en 782 y el de Córdoba en 852. Las numerosas iglesias cristianas construídas bajo el dominio árabe demuestran igualmente que trataban con el mayor respeto á los cultos colocados bajo su ley.

Muchos cristianos se habían convertido al islamismo, si bien tenían poco interés en hacerlo, porque aunque viviesen bajo el dominio árabe, y por esta razón se les diese el nombre de Mozárabes, eran tratados, al par que los judíos,

como los mismos musulmanes, y podían aspirar como ellos á todos los cargos del Estado. La España árabe era el único país de Europa donde los judíos estaban protegidos, de lo cual resultó que estos fueron allí muy numerosos.

A su gran tolerancia los Arabes de España añadieron costumbres muy caballerescas; pues aquellas leyes de la caballería que consisten en respetar al débil, en ser generoso con el vencido y cumplir religiosamente su palabra, etc., que las naciones cristianas adoptaron después, y que llegaron á influir en el alma mucho más que la religión, las introdujeron en Europa los Arabes españoles.

Así como más adelante la caballería cristiana tuvo su código, la mahometana tuvo el suyo, en virtud del cual no era digno de ser caballero más que el que poseía las diez cualidades siguientes: «bondad, valor, afabilidad, talento poético, elocuencia, fuerza, destreza en cabalgar, y habilidad en manejar la lanza, la espada y el arco.»

Las crónicas árabes de España están llenas de narraciones que demuestran cuán extendidas se hallaban aquellas cualidades. Habiendo el Walí de Córdoba sitiado en 1139 á Toledo, que entonces pertenecía á los cristianos, la reina Berenguela, que estaba dentro, le envió un heraldo manifestándole que no era digno de un caballero valiente, galante y generoso atacar á una mujer; y el general árabe se retiró en seguida pidiendo por toda recompensa el favor de saludarla.

Estas costumbres caballerescas llegaron á propagarse entre los cristianos; pero con mucha lentitud; en términos que podemos formarnos idea de lo que entre ellos era un caballero en el siglo XI, considerando al Cid Campeador, el más famoso de todos.

Este célebre héroe, tan cantado por los poetas, no era realmente más que un jefe de banda, que ya combatía á sueldo de los Arabes, ya al de los cristianos, según el precio que le ofrecían; y habiendo logrado apoderarse por capitulación de Valencia, no tuvo ningún escrúpulo en mandar asar vivo y á fuego lento al anciano que gobernaba la plaza, á fin de que descubriese los tesoros que supuso había escondido en el Alcázar.

«Ese célebre paladín, cuyo nombre refresca todas las memorias de la caballería, exclama Mr. Viardot, es el héroe popular de más aventuras que todos los Hércules, Teseos y semi-dioses de la antigüedad. Pero aunque sea penoso